

# Europeos en tierras lejanas: el dominio de ultramar

Juan B. Amores Carredano

La imagen de la superioridad de Europa sobre el resto del mundo fue creada por los propios europeos, ya desde la Grecia clásica y luego con Roma y su imperio. Con la expansión europea a partir del siglo XVI, cuando portugueses y castellanos “descubren” el resto del globo, y la consiguiente formación de los imperios coloniales de Portugal, España, Francia e Inglaterra en la Edad Moderna (siglos XVI-XVIII), esa idea o sentimiento de superioridad se afianzó. América pasó a ser una extensión de Europa occidental y contribuyó decisivamente a la aparición de la economía global: en el siglo XVIII, la plata y el oro americanos suponían más de la mitad del metal precioso circulante en todo el mundo, desde China hasta el norte de Europa.

Tras la era de las revoluciones (independencia de Estados Unidos, revolución francesa, independencia de Iberoamérica) y los grandes avances científico-técnicos que también tienen su origen en Europa a partir de 1830, se expanden el liberalismo y el capitalismo. Surge entonces la fase más aguda del colonialismo europeo, entre 1830 y 1914, al que se suma el expansionismo de los Estados Unidos (en realidad, una extensión de Europa) desde 1880.

Desde que se inicia la descolonización de Asia y África después de la Segunda Guerra Mundial todo este proceso de expansión tiende a verse de un modo negativo, como el imperialismo europeo. La realidad, sin embargo, es que, aunque podría haber sucedido de otro modo —la China de los Ming, en el siglo XV, pudo expandirse por el mundo, pero acabó encerrándose en sí misma—, en los últimos dos mil años sólo la cultura de la Europa occidental ha logrado una expansión global y la comunicación entre unas culturas y otras a un nivel mundial.

Un factor cultural que fortaleció el carácter expansivo de la civilización europea occidental fue el cristianismo, que por su misma índole tiende a expan-

dirse y proporciona una autoconciencia de superioridad, como la que tenían griegos y romanos en la Antigüedad frente a los bárbaros.

## **Expansión europea**

Europa occidental experimenta un crecimiento demográfico, económico y cultural impresionante desde el siglo XI y especialmente en los siglos XII y XIII. Destacan el desarrollo urbano, del comercio de larga distancia (de Oriente a Occidente, por las rutas de Europa central, desde el Mediterráneo al Mar del Norte y de aquí al Báltico), y la formación de las monarquías atlánticas (Portugal, Castilla, Francia, Inglaterra), que muy pronto van a entrar en competencia entre ellas. La conjunción de estos factores incrementó la demanda de recursos (metales preciosos, especias, tintes para la industria textil, productos de lujo), que llegaban a Europa central y atlántica desde Oriente y desde África, por medio de venecianos, florentinos y genoveses.

Dos hechos impulsan la expansión de las rutas comerciales entre el Mediterráneo y el Atlántico desde mediados del siglo XIII: el avance de la reconquista en Portugal y España, que favoreció el desarrollo de una ruta naval entre el Mediterráneo y el Atlántico norte rodeando la península ibérica; y el avance turco-otomano por el Oriente hasta Constantinopla (1453), que endureció y encareció el comercio entre Oriente, norte de África y Occidente. Superar el obstáculo de la intermediación otomana y acceder directamente a las fuentes de esos productos fue lo que condujo a italianos, castellanos y portugueses a adentrarse en las rutas del norte de África y en el Atlántico desde el siglo XIV. Las nuevas rutas marítimas conllevaron el avance de instrumentos náuticos (astrolabio, brújula), un nuevo tipo de buque apto para navegar el océano (la carabela o nao), el conocimiento de vientos y corrientes marinas, etcétera.

Los portugueses, a lo largo del siglo XV y aprovechando los vientos alisios, recorren la costa occidental africana en busca del paso a la India. Así también descubren la “vuelta de África”, es decir, los vientos del Oeste, más al norte, que les devuelven a Europa; en esa “vuelta” descubren las Azores y las Madeiras. Una bula papal de 1451 otorga a Portugal la exclusividad de la navegación atlántica hacia África.

Castilla inició también su expansión atlántica en el siglo XIV con la conquista de las Canarias. Pronto surgió la rivalidad con Portugal. El tratado de Alcaçobas-Toledo (1479), que puso fin a la guerra “civil” entre Portugal y

Castilla, fijó el paralelo de Canarias como línea divisoria: al norte y al oeste (o sea, todo el Atlántico norte), para Castilla; al sur y al este (hacia África y Asia), para Portugal. Así, los portugueses pudieron rodear África y llegar a la India en torno a 1500, accediendo directamente a las bases originales de materias primas (oro, marfil, especias), y comienzan la trata de esclavos africanos.

## **La formación de la América hispánica**

En ese contexto se sitúa el proyecto de Colón. Manejando la imagen del mundo entonces vigente —la del mapamundi de Tolomeo (siglo II d.C.)—, Colón concebía la circunferencia de la Tierra un cuarenta por ciento inferior a la real, con solo dos grandes continentes, Eurasia y África, y un océano al oeste. Así convenció a la corona (Capitulaciones de Santa Fe, 1492) y a los marinos que le acompañarán en el viaje de la posibilidad de alcanzar las costas de Asia navegando por el océano en línea recta “sobre el paralelo de Canarias”. Lo que descubrió a esa distancia fue un nuevo continente. Por eso se ha calificado el descubrimiento de América por Colón como “el éxito del error”.

Castellanos, portugueses y otros europeos que les acompañaron ocuparon el continente americano, desde el río Grande al norte de México hasta Buenos Aires y el centro de Chile, a lo largo del siglo XVI. Desde las primeras bases en las Antillas y Panamá (1492-1520), unos pocos cientos de hombres, dirigidos por un aventurero-conquistador con licencia de la corona, dominaron grandes civilizaciones, como la mexica o azteca y la inca que estaban en una fase de desarrollo similar a la de los antiguos imperios del Próximo Oriente, gracias a la superioridad tecnológica (armas de acero y fuego, caballos, buques), pero también al decisivo apoyo de una buena parte de la población indígena opuesta al dominio de aztecas e incas. El objetivo de los conquistadores era asentarse como señores de tierras y vasallos, al estilo medieval, pero la corona, en fase de consolidación de la monarquía y superación del feudalismo, no lo permitió, trasladando muy pronto a las tierras recién conquistadas un sistema de gobierno centralizado con Virreyes y Audiencias, y una legislación específica a partir de la castellana (las Leyes de Indias).

La población indígena sobreviviente —el choque biológico, principalmente, supuso la desaparición de al menos la mitad de la población originaria— quedó bajo la protección legal de la corona, sometida de hecho al dominio de los descendientes de los primeros pobladores (los criollos o españoles america-

nos) como mano de obra en la agricultura, minería y servicios. Además, fue el único sector de población que estaba obligado a pagar un tributo personal de vasallaje a la corona. Desde el primer momento también se llevó a cabo el traslado forzoso de cientos de miles africanos de raza negra como esclavos.

El rasgo más característico de la América española fue el mestizaje, tanto biológico como cultural, de manera que ya a finales del siglo XVI se puede hablar de una “sociedad indiana”, en donde la mayoría relativa de la población era una mezcla de razas, y portaba una cultura de base cristiano-católica con mezcla de las culturas originarias. La Iglesia, especialmente a través de las órdenes misioneras (dominicos, franciscanos, jesuitas), jugó un papel fundamental en el gobierno, sociedad y cultura de la América española. La incorporación del nuevo mundo al cristianismo, que era la base de toda la cultura occidental (no sólo de la religiosa), es un aspecto esencial de la primera globalización.

Desde que a mediados del siglo XVI se descubrieron grandes minas de plata en México y Perú-Bolivia (Potosí), toda la economía indiana y el comercio atlántico giró en torno a la plata, lo que fue decisivo para el nacimiento y expansión del capitalismo moderno. En su famosa obra *La riqueza de las naciones* (1776), Adam Smith escribió: “El descubrimiento de América, y el de un paso a las Indias Orientales por el Cabo de Buena Esperanza, son los dos eventos más grandes y más importantes registrados en la historia de la humanidad”.

La corona, siguiendo la política mercantilista que imperaba en toda Europa, estableció un monopolio comercial con América, la llamada Carrera de Indias, con base en tres consulados de poderosos comerciantes: Sevilla (en el siglo XVIII pasó a Cádiz), México (y su puerto Veracruz) y Lima. Aunque el sistema naval de la Carrera fue un éxito a largo plazo, dicho monopolio no lo fue para la economía castellana o española. Al no producir lo necesario, en especial telas y otras manufacturas, comerciantes de otros países (Francia, Países Bajos, Inglaterra) lograron hacerse con el mercado por vía del contrabando, desde los puertos andaluces y desde las Antillas, cuando se instalaron allí en el siglo XVII. Por otro lado, la corona (los Habsburgo) gastó inmensas sumas de plata americana en las guerras para mantener su posición hegemónica en Europa. El resultado fue que la plata americana “regó” las economías de esos otros países europeos y empobreció a Castilla.

## La colonización de América del Norte

A lo largo del siglo XVII, aprovechando la creciente debilidad de la corona española, franceses e ingleses ocuparon la fachada atlántica de América del Norte y las islas del Caribe, abandonadas por los españoles.

Los franceses entraron por el río San Lorenzo y, mediante una hábil política de entendimiento con los indígenas, que les proveían de pieles, formaron el Canadá o Nueva Francia, que se extendió por el Valle del Misisipi hasta su desembocadura en Nueva Orleans, entre 1600 y 1765. Aunque nunca fue un objetivo importante para la monarquía gala, por su muy reducido rendimiento económico, establecieron allí las principales ciudades (Quebec, Montreal) y trasladaron a esas tierras la cultura europea. En 1763, al término de la guerra de los Siete Años, el territorio pasó a Inglaterra. Los franceses ocuparon también Saint Domingue (Haití), Martinica y Guadalupe.

Por su parte, diferentes grupos de disidentes religiosos británicos se vieron forzados a salir de Inglaterra y formaron, entre 1610 y 1730, las Trece Colonias de Norteamérica, que fueron el germen de los Estados Unidos. Desde 1650 estaban también en Jamaica, Bahamas y otras Antillas menores; los holandeses, que en guerra con la monarquía hispánica (España y Portugal) llegaron a dominar el Brasil entre 1630 y 1655, se establecieron sobre todo en Curaçao.

La colonización angloamericana fue totalmente diferente de la ibérica: autogobierno frente a poder real, agricultura y manufactura frente a economía minera, expulsión y extinción de la población indígena frente a mestizaje.

Estos europeos, desde estas bases antillanas, y los angloamericanos de las Colonias del Sur desarrollaron la economía de plantación esclavista (azúcar, tabaco, algodón) y practicaban el contrabando con la América española. Esto supuso el desarrollo del comercio o trata de esclavos, especialmente por los británicos, lo que es otro aspecto importante de la globalización, por la relevancia demográfica y cultural que ha alcanzado en el continente la población de origen africano.

Las ideas filosófico-religiosas de los europeos influyeron mucho en el modo de llevar a cabo la colonización. El caso del imperio español en América es único en la historia universal: como han afirmado los principales hispanistas extranjeros de la segunda mitad del siglo XX (C. Haring, R. Konetzke, J. Lynch, J. H. Elliot, F. Chevalier), ha sido el único de la historia universal que fue cuestionado intelectual y moralmente, de una forma crítica, por sus propios

actores (Bartolomé de las Casas, sobre todo). En el caso de las Trece Colonias de América del Norte, fue también decisiva la idea calvinista de civilización y la convicción de “pueblo elegido”.

## **El siglo XVIII y las independencias**

El siglo XVIII es el de las guerras coloniales —las potencias europeas atlánticas competían por el dominio mundial—, de la expansión del colonialismo económico con base en la esclavitud y de la consolidación del poder económico-social de las élites americanas (angloamericanos en el Norte, criollos en la América hispana y en Brasil).

Con la Guerra de los Siete Años (1757-1763), Inglaterra arrebató a Francia el Canadá y otras colonias, e inicia su hegemonía mundial. Pero el tremendo costo de esas guerras acaba provocando la rebelión anticolonial en América, donde también se expandían las ideas económicas y políticas de la Ilustración. La rebelión de las Trece Colonias (1776-1783) contra Inglaterra dio lugar a los Estados Unidos; en la América hispana se dio una larga sucesión de rebeliones locales, sobre todo de sectores populares (Túpac Amaru en el Perú). La independencia de la América hispana fue sin embargo más tardía y se debió, principalmente, a la grave crisis que atravesó la monarquía durante la ocupación de la península por los franceses (1808-1814).

En todo caso, es importante advertir que fue precisamente la expansión de la cultura occidental —política, social, económica, cultural y religiosa— lo que propició el desarrollo y, a la larga, la independencia de las Américas.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Anthony Pagden, *Señores de todo el mundo. Ideologías del Imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII)*, Barcelona, Ed. Península, 1997.

José Luis Comellas, *El éxito del error*, Madrid, Rialp, 2005.

John H. Elliott, *Imperios del mundo atlántico: España y Gran Bretaña en América (1492-1830)*, Madrid, Taurus, 2006.